

Capítulo 3. Intenciones a corto y largo plazo

En los últimos días de marzo, un repunte de las temperaturas hacía pensar más en el calor de julio que en otra cosa, y eso es lo que Tonio realizaba. Sus manos volteaban las hojas del calendario de la cocina, como tratando de acelerar el tiempo y obligar a correr al verano. Para él, la estación estival se convertía en sinónimo de viajes apasionantes y evasión.

Tonio era el único hijo de Mercedes; vivían en un apartamento pequeño, aunque espacioso para los dos, que incluso resultaba demasiado grande a veces. Sus diecinueve años parecían teóricos, porque no los aparentaba. A raíz de la muerte de su padre, Tonio endureció los sentimientos, pero maduró y apoyó a su madre con tesón y sin retraimiento. De esa forma los veranos representaban un alivio para él y Mercedes, el buen tiempo suavizaba y daba paz a unas mentes que en más de una ocasión removían a golpe de porqués las desgracias de la vida.

Ya habían recorrido varias agencias de viajes, comparando precios y decidiendo el destino, hasta ahora incierto; parecía que tuvieran un mismo punto en común: querían océano y brisa, nada de lugares céntricos alejados del sol. Tonio deseaba ir más allá, descubrir un mundo diferente y alejarse, cuanto más, mejor. Quizás América le ofreciese lo que necesitaba entonces. El continente americano sería el punto de mira. Mercedes estaba sentada de piernas cruzadas y con los dedos enredando el pelo, su mirada viajaba por los folletos informativos. Ya había iniciado el arranque, pero nada en claro. Preguntaba con suspiros qué hacer con tanto despliegue, pero Tonio solo imaginaba y se maravillaba.

—Podemos poner en fila todas estas fotos y comenzar un viaje eterno, que nunca termine —dijo este.

Mercedes lo miró fijamente y le pidió que se acercara; lo abrazó, sentía que las fuerzas que un día la sostenían perdían gravedad y se precipitaba a un abismo infinito.

—Desearía irme de aquí, arriesgarme y saborear las palabras «aventura» y «cambio». Pero no reúno todavía las fuerzas necesarias para aventurarme —dijo Mercedes—. Quizás así podríamos ser felices los dos, Tonio. Pero poco a poco... Sé de verdad que vamos por el buen camino.

Tonio la había escuchado hablar de cambios mil veces, pese a su pesimismo. El iniciar un viaje a una distancia considerable denotaba un paso hacia delante muy sustancioso.

—Mamá, lo que no me gusta de ti es que atraes un halo de negatividad que no te hace nada bien. —Tonio cogió un poco de aire y continuó—: Yo comprendo muchas cosas, pero valoro que estés dando el paso de viajar conmigo y desconectar de Concrete.

—A veces siento que no puedo darte todo lo que necesitas. Tu padre debería haber rellenado ese hueco, no lo soy todo. Lamento lo que te está sucediendo.

La ausencia de este en la vida de ambos los hacía replantearse el futuro por su bien. Tonio quiso cambiar de tema y no pensar más en pesares.

—¡Marchémonos ya a América! ¡Cumplamos tu sueño, mamá!

Los ojos de Mercedes se volvieron como los de un niño, experimentaba nuevamente esa ilusión que un día aparece y no deja de irrumpir en la perspectiva de la felicidad. Quería hacerla realidad y, junto a su hijo, de seguro que lo conseguiría. Los dos prosiguieron pasando las hojas durante unos minutos más y decidieron que su destino los conduciría hasta América. Tantos lugares y espacios podrían parecer inabordables, para él primaba que su madre estaba cumpliendo un sueño; con verla sonreír, le bastaba.

Llegó velozmente la hora de la comida, habían perdido tiempo suficiente en folletos y destinos. La cazuela rebosaba su aroma por la cocina, posiblemente este definía lo que no

comería a gusto Tonio. Mercedes iba de aquí para allá con especias, los toques magistrales que determinaban el sabor preciso de lo que cocinaba.

La habitación de Tonio se mantenía siempre intacta; no había un solo libro encima de la cama, ningún caos de zapatillas o revistas por el suelo. Sabía cuidar su espacio y lo conservaba en un orden perfecto. El ordenador solo lo empleaba para algunos trabajos, no era persona de perder el tiempo en videojuegos. Tenía una pasión singular: decorar el dormitorio con motivos selváticos, palmeras, playas paradisíacas..., quizás por el mero hecho de evadirse de una preocupación que lo punzaba. Esos parajes icónicos de arenas lisas y aguas cristalinas lo mecían en una calma espectacular. También le encantaba ojear libros; le apasionaba leerse el principio y el final y después sacar conclusiones, ver películas de aventuras y, sobre todo, salir con sus amigos.

Mercedes dio la voz de «¡a comer!».

Tonio, sin embargo, no quiso discutir con su madre y refunfuñó porque era el tercer día en lo que iba de semana que comería sopa. Merche lo sabía, pero no había tenido demasiadas ganas de cocinar otra cosa diferente; pretendió disculparse, pero vio que no era necesario. Tonio ya estaba comiendo sin rechistar. Allí los dos comprendieron que, poco a poco, las dificultades pequeñas se solventaban de forma desapercibida con el tiempo.

El teléfono no había sonado aún; parecía raro porque siempre, sobre la hora de comer, había alguien que solía llamar y molestar. Quizás todavía era pronto. Tonio no esperaba ninguna llamada; bueno, le hubiera gustado recibirla de sus amigos. Podría aparentar peculiar, pero la amistad que mantenía con ellos era especial porque se trataba del miembro más joven del grupo. Eso nunca le resultó un inconveniente. La diferencia de edad se mostraba considerable. Mientras Tonio tenía diecinueve años, uno de sus mejores amigos, Alfonso, sumaba veintiséis.

Terminaron de comer y Tonio se retiró a su cuarto para buscar información acerca de carreras universitarias, pero

antes de pulsar el interruptor del ordenador Mercedes lo llamó para que se personara en la cocina. Allí le depararía una sorpresa.

—Tráeme el bolso —dijo Merche—, rápido, por favor.

Tonio no se lo pensó dos veces; corrió al cuarto de sus padres y localizó fácilmente su objetivo tendido en la cama, esperando a ser descubierto. Lo asió y regresó a la cocina. Antes de llegar, un vaivén tiró algunos objetos. Tonio se asustó porque pensó que podría haber quebrado algo delicado, pero se percató de que eran medicamentos, pastillas y recetas. No le gustó la impresión y detuvo un poco su carrera. Quiso pensar y tratar de recomponerse, estaban vinculadas con la salud de Mercedes. Había tantas, como si el bolso fuera una farmacia ambulante. No resultó necesario volver a la realidad, Mercedes lo llamó en alto para que se diera prisa. Al coger el bolso, le pidió que cerrara los ojos y extendiera las manos; sacó una cajita de cuero en cuyo interior resonaba un objeto metálico.

Tonio se impacientaba y, cuando finalmente la tuvo, no pudo más y desprendió el lazo que la mantenía cerrada. Al abrirla, vio una esclava delicada de plata con un mensaje grabado.

—No puedo aceptar esto, mamá, es demasiado para mí. — Mercedes no hizo caso a las sandeces de su hijo y la cogió con delicadeza; se acercó hasta Tonio y se la colocó en la muñeca, pulida y resplandeciente. No quiso escuchar más bobadas.

—Es para ti, ya tienes edad para llevar estas cosas.

Tonio se notaba extraño con ella, pero tampoco le disgustaba. La verdad es que adquiriría un aspecto muchísimo más interesante. Mercedes esperaba al menos una reacción positiva por parte de su hijo, y la obtuvo. La abrazó y le agradeció el detalle, no sin antes decirle:

—¡Ostras! Es preciosa, mamá. Te prometo que jamás me la quitaré de encima, gracias.

Se sintió especial por unos instantes, lo hizo feliz y llenó su corazón un poco más. Ante todo, quería la felicidad de Tonio, nada le importaba más en la vida ahora.

Cuando regresó al cuarto, el chico se extendió en la cama y observó con detenimiento la esclava. Era preciosa y una sorpresa, porque nunca esperó recibir un detalle así en un día cualquiera. El sueño se apoderó de él y se dejó llevar. Mercedes lo cubrió con una colcha y, al hacerlo, lo miró fijamente. En su rostro encontró los rasgos de su marido, que apareció y desapareció de la misma forma: veloz. Todavía no hallaba la forma de recuperarse ni de enfrentarse al futuro que se le venía encima; aunque habían transcurrido dos años, la mente permanecía anclada en ese instante, unida al mar, en resonancia con el choque de las olas.

No discutían en ese momento. Alfonso volaba en sus pensamientos mientras el hermano ojeaba el armario en busca de un pantalón de cuero perdido por el fondo de ese laberinto de prendas. Había pasado demasiado tiempo en silencio y Nicolás se incomodó.

—Llevas más tiempo del necesario buscando en la nada y no me gusta que te quedes así, Alfonso. Cuéntame qué piensas, al menos.

El aludido asintió con la cabeza y respondió con un «sí» muy poco motivador. Nicolás contraatacó porque eso lo ponía de los nervios.

—Supongo que a César le dirías algo de lo que tienes en mente.

Nicolás lo había animado para que hablara con su amigo y le planteara los propósitos que pretendía llevar a cabo; pero, por lo visto, se le había olvidado. Alfonso se escudó en su distracción y contestó:

—Se me pasó completamente, quería habérselo dicho. Además, él ya tenía bastante con sus amoríos, ni ata ni desata.

Nicolás encontró por fin su pantalón y se dispuso para charlar con tranquilidad. Hacía semanas desde que Alfonso había tomado una especie de decisión personal; ahora, llegados

a ese punto, estaba empeinado en no retroceder y enfrentarse a lo que pudiera venirle de frente.

—¿Y Tonio qué opina de esto? —preguntó Nicolás con impaciencia.

Alfonso se lo quedó mirando prudente y, con una afirmación seria, respondió:

—Hablar con él de lo que siento sería una locura, se jodería nuestra amistad para siempre. Lo mandarían todo a la mierda, Tonio se volvería loco. Su madre... ya sabes qué haría conmigo.

Sentimientos dañinos, pero nunca podrían considerarse falsos si su pureza los hacía relucir en el momento adecuado. ¿Por quién sentía tanto para ocultarlo? Resultaba preciso conversar más con Tonio que con César, porque, a fin de cuentas, el más afectado sería el hijo de Mercedes.

—Tú verás, tendrás que hacerlo. ¡Es su madre, tío! Si no quieres una opinión de César, háblalo directamente con el interesado y arréglalo todo —espetó Nicolás.

—¡Pero si yo no tengo que arreglar nada con nadie!

Se vislumbraban las preocupaciones de Alfonso y se orientaban hacia un foco importante: la madre de Tonio. Pero ¿de qué se podría tratar?, ¿una discusión?, ¿algún malentendido? ¿Quién sabe? Tenía las cosas claras, o al menos eso creía. Escuchar la palabra «Mercedes» ponía en jaque su concentración, el nivel de sudoración rozaba cualquier récord Guinness y la mente comenzaba a deleitarse en un juego de sensaciones de todo tipo, a cada cual más apetecible. Alfonso se quedó en la auténtica inopia, a lo que Nicolás reaccionó con rabia.

—¿Te has enterado de lo que dije o no?

Alfonso volvió al mundo real, envuelto en una sacudida por el tono de su hermano; era plenamente consciente de lo que giraba en torno a su cabeza. No le pareció bien que Nicolás elevara la voz de esa forma tan poco amable.

—Desearía que no me gritaras —exigió Alfonso—. Te he escuchado a la perfección. Y no entiendo que tengas tantísimo

interés por este asunto. Nunca lo has tenido antes con otras cosas que me han sucedido del mismo calibre.

Nicolás frunció el ceño y se lo recriminó.

—No es cierto; siempre he estado a tu lado, pero tú has preferido obviar mi ayuda. Esta vez te veo más perdido que nunca y por eso he preferido apoyarte y serte útil. Además, el asunto en el que te estás metiendo no es para nada moco de pavo; tampoco quiero pecar de jactancioso, porque también he sabido embolicarme en líos de mírame y no me toques. Pero, tratándose de tu mejor amigo y de su propia madre, el asunto es para tenderte una mano sin duda.

Alfonso se disculpó, su hermano tenía razón en lo relacionado con sus enredijos amorosos; siempre se había mantenido al margen, pero esta vez era diferente a lo experimentado anteriormente. Nicolás insistió sin perder el hilo de la conversación.

—¿Hablarás con ella cara a cara, sin intermediarios?

Alfonso asintió con la cabeza y respondió un «sí» rotundo.

—Sin intermediarios, Nicolás, me la voy a jugar. Y por supuesto que tomaré en cuenta tu ayuda y trataré de hablar con ella.

Podrían seguir discutiendo de las incertidumbres de Alfonso, pero todo terminó cuando el teléfono interrumpió el diálogo. Nicolás prefirió cogerlo, ya que vio la negativa clara de su hermano a hacerlo. Alfonso, impávido ante un peligro desconocido, quería descubrir quién llamaba. Al principio, no distinguió bien con quién estaba hablando su hermano, hasta que escuchó el nombre de su amigo Tonio.

—¡Hola, Tonio! Llevamos toda la semana esperando tu llamada; como nos dijiste que estabas de exámenes, no quisimos insistirte. ¿Cómo te ha ido al final? —dijo Nicolás.

Los exámenes ya habían terminado y era una ocasión excepcional para acercar posturas con Mercedes. Alfonso solo pensaba en eso, tenía la mente tan espesa que su único fin implicaba a una mujer en sus cuarenta. Esa misma tarde volvería a ver a Tonio en su casa para hablar de los exámenes,

de la vuelta a la normalidad y reactivar un poco la distracción en todos sentidos.

Nicolás se cambió rápido de ropa, pero aún más resuelto fue Alfonso; ¡a saber cuánta colonia vertió sobre su cuello, muñecas, cabeza y pecho! Pretendía convertirse en un auténtico ambientador andante. De camino hacia el hogar de Tonio, Nicolás se planteó una pregunta que no obtuvo respuesta: ¿qué había convencido a Alfonso para enamorarse de Mercedes? Ni él mismo encontraba razones. Sin embargo, tarde o temprano, le acabaría dando contestación. Y de qué manera...

Ya estaban juntos, se miraban y querían entenderlo todo. A veces el no hablar implicaba lo mismo que decir miles de estupideces; en definitiva, nada. César se situaba frente a Emma; ella no se había quitado la chaqueta, tenía necesidad de hablar brevemente y marchar; él, sin embargo, se mostraba más relajado, a expensas de una conversación armoniosa y serena. Rompió el hielo y preguntó generalidades, sin ahondar en sentimientos.

—¿Cómo estás?

Emma sonrió y respondió:

—Mírame a los ojos.

César la observó, pero también se fijó en su ropa; creyó que ella no se encontraba a gusto.

—Te veo a ti, ¿podrías quitarte la chaqueta? No sé... Es como si ya quisieras irte.

Emma sentía frío, pero no era ambiental.

—Noto un poco de malestar, supongo que me resfrié este fin de semana.

Tampoco pretendía hacerlo sentir mal; antes de seguir, se desabrochó la cremallera y se liberó del calor de la cazadora.

—No quiero que pienses que estoy incómoda solo por no deshacerme de ella.

César se rio porque era justamente lo que barajaba; si le confirmaba que se sentía a gusto, entonces decía la verdad. Emma se fue suavizando, en efecto. Ninguno de los dos sabía por dónde empezar, así que ella prefirió dejarse de rodeos y se decidió por hablar claro y en serio.

—Estoy muy orgullosa por el interés que te tomas, haces más que cuando éramos novios.

César no logró evitar soltar una risa un tanto irónica, eso llenaba de dudas inmensas su cabeza.

—Soy así porque no puedo perderte y debo reconducir lo nuestro. —Emma también sonrió, pero César puntualizó un poco más—. ¿Me sigues queriendo como antes?

Emma no fue capaz de dar una respuesta en el acto, tampoco pretendía responder con monosílabos.

—Te aprecio muchísimo, César, y valoro todo lo que estás haciendo por mí últimamente, pero no puedo decidir tan rápido; no me pidas que te diga si te quiero como antes porque ni yo misma lo sé.

Le dolió escucharlo, pero en el fondo estaba acostumbrado a los desprecios del corazón y más a las palabras imprecisas. Realizó algo más, extendió sus manos hasta las de Emma y las asió con suavidad; notó la fineza de la piel y el color rosado de sus uñas. Recordaba cuando lo hacía de otra forma, en condición de novio; ahora supondría un trato diferente por parte de ella. Emma lo conocía bastante; se mostraba desorientado, él recurría más veces a ella que viceversa.

—No soporto esta situación por más tiempo. Me siento culpable de lo que hice en un pasado, pero no por eso debes estar así constantemente conmigo —expresó César.

Emma no entendió la última frase y preguntó:

—¿Estar cómo? Yo sigo estando como siempre contigo.

—No es así, quiero saber lo que somos; unas veces parecemos amigos y, otras, novios —espetó César.

—Prefiero que no digas eso último... Me conformo con lo que ahora somos, de verdad.

En cierta medida, resultaba cierto con bastantes matizaciones.

—Siempre estás a la defensiva cada vez que te miro con más detenimiento, te cojo las manos, te digo algo cariñoso... Tú no me correspondes desde hace tiempo y quizás ya no me quieras. Por eso mismo te pregunté lo de antes —dijo César.

Lo comprendía perfectamente, pero tenía en su retina la imagen de Susana, su mejor amiga; una robanovios quizás, aunque ella no quería verla así. ¿Quién de los dos era más culpable? ¿Susana o César?

—Entiendo lo que sientes hacia mí, pero debes darme un tiempo; lo necesito ahora más que nunca —indicó Emma—. No hay nada decidido a día de hoy.

—Creo que todo está decidido de hace tiempo y ahora solo pretendes estar conmigo por lástima. Esto no me mola nada.

No cesó de sujetar sus manos; la miró toda la tarde e intuyó que sentía algo más por ella que lo impulsaba a un compromiso más serio: dejarse de estupideces y proyectar planes serios, replantearse su futuro en compañía de alguien más. Haría todo lo que en su poder estuviera por ella, pero también observaba desde lo más profundo que quizás estaba luchando contracorriente y no quería admitirlo. Amor no correspondido, un sentimiento a la deriva. Tan solo le quedaba esperar... o abandonar y resignarse.